

ALMAS GEMELAS

- En esta parte del Yucatán el tiempo es otro. La selva se come las ciudades mayas, los huracanes no terminan de destruir nada. Todo se resiste y renace. Los muertos nunca están muertos del todo y los vivos tampoco están completamente vivos.
- Eso que dices me recuerda a algunos cuentos que he leído.
- ¿Cómo se te ocurrió venir aquí?
- Por una mujer, Magda. Me dejó hace unos meses. Me había acostumbrado a ella y me dolió que se fuera. Me avergonzó que me abandonara.
- Entonces...
- Dicen que un viaje ayuda. Méjico, las playas del Caribe, los resorts, las mujeres... Tomaba el sol en la playa, bebía sin parar y me acostaba con jóvenes mestizas para olvidar a Magda.
- Se dicen muchas cosas de las jóvenes mestizas...
- Ya sabes... Uno cree que las conquista. O quiere creerlo, pero son ellas las que te eligen a ti y después... Es lo mismo, al fin y al cabo. A los pocos días me cansé.
- ¿Te cansaste de las chicas?
- Me cansé de no sobreponerme de la vergüenza de que Magda me hubiese abandonado.
- Se enamoraría de otro.
- Magda no. Lo que es peor. Fue solo cuestión de cansancio. Resulta tan humillante...
- Al menos ha servido para que volvamos a estar juntos. Dime que no me habías olvidado, que algunas veces te has acordado de mí. No sé, cuando tardabas en dormirte. ¿Cuándo besabas a una mujer, tal vez?
- Cómo olvidarte. Tu imagen ha estado siempre conmigo. Iba y venía. Con frecuencia fantaseaba sobre cómo habría sido nuestra vida juntos.
- ¿Cuándo dejaste de quererme?
- No he dejado de hacerlo.
- Me halaga oírlo, aunque sea mentira.
- Mentir ya no tiene sentido.
- Es verdad, no lo tiene. Pero continúa, por favor. Te habías cansado de las mestizas...
- Sí, sin embargo seguía en la playa, bebiendo. Pero me aburría. Entonces surgió lo de los cenotes. Estaba anunciado en el lobby y en la recepción, "Excursión en autocar a los cenotes de Homún y Cuzamá". Se veían preciosos en las fotos. Quedé prendado de Yaal-Utzil.
- Son preciosos....
- Las fotos no les hacen justicia. Son mucho más bonitos de lo que parece.

- Así que elegiste Yaal-Utzil.
- Más bien me eligió él a mí, ¿no te parece? En el autocar, el guía nos iba informando... cómo se formaron, los mitos mayas, los sacrificios rituales... Al acercarnos a Yaal-Utzil tu cara de niña volvió a mi mente y me dije a mí mismo: *Helena y yo habríamos sido felices'*
- ¿Habías pensado eso antes?
- Muchas veces. Especialmente cuando me cansaba de las mujeres con quienes he vivido, Mercedes, Rosa, María Luisa, Cristina... Al principio, no. Cuando empezaba creía que esa vez sería diferente, pero siempre volvía: *Helena y yo habríamos sido muy felices*. Eso pensaba cuando llegábamos a Yaal-Utzil. Y en ese momento estuve convencido de que lo nuestro habría merecido la pena.
- A pesar de que también yo te dejé... como Magda.
- Tú no me dejaste. A ti te arrebataron de mi lado, te robaron de repente y ya no volví a ver. Después sólo te imaginé y te seguí queriendo a pesar del paso del tiempo. Tal vez el amor más duradero sea el que se sueña.
- Sólo los sueños evitan que se marchite el alma. Y el amor, por supuesto.
- ¿Te das cuenta Helena? Igual que hace veinte años, pensamos del mismo modo. ¿Recuerdas que te decía que éramos dos almas gemelas?
- No sabes cuánto me arrepiento de haberte abandonado.
- Estabas subyugada, ¿qué otra cosa podías hacer? Si hasta te prohibió hablar de él, sólo pude sonsacarte eso, que te impuso ese odioso silencio y que tenía los ojos de distinto color, como un brujo o un demonio.
- No te engañes. Me enamoré y te dejé para irme con él. Esa es la verdad y, como tú has dicho, mentir ya no tiene sentido. Decías que te acercabas al cenote...
- Sí. El autocar se detuvo delante de un chamizo, dentro esperaba el guía de Yaal-Utzil. Sólo bajé yo. Los demás prefirieron otros cenotes, los más familiares, los abiertos... Yaal-Utzil se parece a un alma atormentada, oscuro y profundo. Será por la luz, pero sus aguas lo mismo se ven azul que verde esmeralda. Tan pronto es negro y plano como brillante y agitado.
- ¿Sufriste mucho por mi abandono?
- Llamé a la puerta del chamizo y salió un gigantón que se presentó como Pablo.
- Tendrías que haberlo visto de joven
- Hizo un gesto raro, Pablo. No me gustó su estampa.
- Si le hubieras visto de joven, tal vez...
- Eras tan guapa... Tenías la piel morena y suave. Y tus pechos sabían como el agua azucarada. ¿Tendrán aún el mismo sabor?
- ¿No sospechaste nada?
- Al principio no, pero al llegar arriba me fijé en sus ojos: uno azul y otro verde, así que me acordé. El tipo escurridizo que te embaucó, siempre oculto, como los cenotes

en la selva. Sólo dijiste de él que era distinto, un hombre marcado como los elegidos, con un ojo verde y otro azul.

- Él sí te vio a ti. De lejos. Dos o tres veces. Te odiaba, decía que le robaste mi virginidad.

- Pablo tenía el rostro oscuro. Era como el cenote de Yaal-Utzil, azul, verde y negro. Almas gemelas.

- No se llama Pablo. A veces resplandecía como si despidiera luz. Escondió mi cuerpo en el fondo del agua, después de que le dijera que iba a abandonarlo y que me volvía contigo.

- Me dio un golpe terrible en la cabeza y me llevó también a lo más profundo del cenote.

- Debió reconocerte de inmediato. Te mataría igual que a mí, con su macana de raíz de ceiba y pedernal.

-Muertos del mismo modo. Nuestros cuerpos de nuevo juntos. Almas gemelas, Helena, ¿recuerdas que te lo dije?

JOSÉ SAINZ DE LA MAZA